

¡NO SALGAS
QUE ESTÁ
LLOVIENDO!



PUBLICADO POR:
Deutsche Gesellschaft für
Internationale Zusammenarbeit (GIZ) GmbH

DOMICILIOS DE LA EMPRESA

Friedrich-Ebert-Allee 36 + 40
53113 Bonn
T +49 (0) 228 – 44 60-0
info@giz.de
www.giz.de
Alemania

Dag-Hammarskjöld-Weg 1-5
65760 Eschborn
T +49 (0) 61 – 96 79-0
info@giz.de
www.giz.de
Alemania

PROGRAMA SECTORIAL
DEPORTE PARA EL DESARROLLO
sport-for-development@giz.de
www.giz.de/sport-for-development

Escritura, edición, diseño
e ilustración: Amazink Studio

Narración: Miguel Mejía

Edición y corrección de estilo:
Diana Arias

Ilustración: Alejandra Vélez

Diseño editorial: Daniela Nieves

Diciembre de 2021
Bogotá, Colombia

La GIZ es responsable del contenido de la presente publicación. Se permite la reproducción, pero no la venta de este libro ni de su contenido. Esta publicación ha sido financiada por el Programa Sectorial Deporte para el Desarrollo implementado por la Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ) GmbH, por encargo del Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo (BMZ) de Alemania.

En este pequeño pueblo ficticio donde nunca ha parado de llover se entretajan varias historias que realmente sucedieron, construidas a partir de los relatos compartidos por formadoras y formadores, por los niños, niñas y jóvenes de todo el territorio.

Quienes han encontrado en el deporte un refugio y un espacio para el crecimiento personal y social, un espacio para el encuentro que les ha alejado la lluvia y permitió una vida diferente a la ofrecida por el conflicto armado.



¡NO SALGAS
QUE ESTÁ
LLOVIENDO!

Quedaba como piedra y me devolvía al cuarto.

Era imposible acercarme a la puerta sin escuchar esa orden desde el otro lado de la casa. Donde vivía nunca había parado de llover, podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto un cielo azul.



Llovía de muchas formas, a veces eran pequeños chaparrones que arrancaban en diferentes esquinas del pueblo, se alzaban lento, se extendían y terminaban rápido, otras veces, eran suaves lloviznas que flotaban sobre algunas casas y parecían que nunca iban a terminar; estas dos eran cosa de todos los días, hace años los adultos del pueblo aprendieron a convivir con ellas y pese al miedo que podían producir, muchos ya sabían cómo pasar de cerca sin mojarse.

Pero había un tipo de lluvia que llenaba a todo el mundo de terror y que era imposible de esquivar, las tempestades que bajaban desde el monte. Caía tanta agua que era imposible ver algo por la ventana, los relámpagos recorrían las calles y tumbaban casas.

Nunca sabíamos cuánto iban a durar, podían ser días o meses, pero algo que sí era seguro, era que al terminar, siempre hacía falta alguien.



Me decían Azul por el color de mi casa

Vivía justo al frente de Amarilla, a un lado estaban los Verde y al otro, Violeta.

Desde la ventana nos podíamos ver

Al principio nos saludábamos a gritos, echábamos chistes, reíamos y hacíamos planes para cuando dejara de llover.

Hacíamos mucho ruido y no a todos los vecinos les gustaba, así que inventamos señas para charlar sin que todo el pueblo se enterara.



Muchas personas que quise fueron y vinieron con la lluvia.

Aunque sea difícil de creer, existen lugares donde llueve con más fuerza y a veces este pueblo puede ser un refugio.

Así fue como llegó Naranja a la casa que daba frente a los Verde, una tempestad se había llevado a su hermano y lo había sacado junto con su familia del pueblo donde había crecido.

Lo conocimos mientras pintaba su casa. Alzaba los baldes de pintura sin esfuerzo y corría de lado a lado sin fatiga. Luego de aprenderse las señas, nos contó algunos de los recuerdos que tenía, de cultivar maíz, yuca y frijol junto a su papá, de los deportes y de las veces que se había atrevido a jugar bajo la lluvia.

Luego de varios meses y con una llovizna que cubría todo el pueblo, las visitas por la ventana empezaron a ser más cortas y aburridas.

Amarilla siempre tenía que estar haciendo algo.

Un día mientras hacía acrobacias en el marco de la ventana, nos dijo que no podía más del aburrimiento, que necesitaba algo diferente, quería jugar, algo, cualquier cosa.

Así que empezamos a poner retos, quien lo superara, proponía el siguiente y asignaba la persona que debía realizarlo. Con cada turno que pasaba los retos se ponían más difíciles. En una de esas tardes, Violeta retó a todos a hacer una pelota perfectamente redonda.

Traté de hacer una con periódicos viejos pero al alzarla por la ventana la lluvia la deshizo. Nunca supe por qué, pero Naranja ni lo intentó. Amarilla estaba haciendo una con las medias, pero antes de terminarla, la interrumpió un

iterminamos!

que salió de la ventana de los Verde. Ellos rellenaron un costal con ropa vieja, y no sé cómo, pero les quedó una pelota perfectamente redonda. Aprobada por Violeta, era el turno de ellos para retar. Desde acá sólo los podía ver cuchichear y reír.





Pasaron unos minutos, y con unos gestos exagerados, los Verde se pronunciaron, "ya que en la prueba anterior ni lo intentaste... Naranja... te retamos a que vayas por la pelota". Ese reto cambiaría todo. Vi como uno de los Verde mantuvo la pelota en posición, mientras el otro la pateaba con toda su fuerza. La pelota cayó en la mitad de la calle y por alguna extraña razón, no me pregunten por qué, en ese pequeño punto dejó de caer agua.

Naranja no lo pensó dos veces, saltó a través del marco y corrió hacia la pelota, apenas la tuvo entre sus manos, la levantó como trofeo. La lluvia dejó de tocarlo y empezó a jugar, la mantenía en el aire con la cabeza, con las rodillas y los pies. No sabíamos qué hacer, si aplaudir o gritarle que volviera, así que nos pusimos a llevar la cuenta de cada vez que la pelota se alzaba por el aire.

Al ver que el espacio en el que había dejado de llover se hacía más y más grande olvidamos la cuenta.

Se veía fuerte, glorioso y valiente. Seguro de sí mismo, empezó a patearla más duro y más alto, corría con ella de lado a lado de la calle, ahuyentando a la lluvia. Quizá fue por la emoción, pero olvidó las señas y empezó a gritar.

**"¡ Lo logré,
y ahora, les reto
a que salgan
a jugar conmigo!"**





¡NO SALGAS QUE ESTÁ
LLOVIENDO!

Esa vez no quedé como piedra.

Abrí la puerta y respondí con un grito ¡Está dejando de llover en la mitad de la calle, si no me cree, venga y mire!, no me quedé a esperar una respuesta. Por primera vez estábamos Amarilla, los Verde, Violeta y Naranja juntos, a un abrazo de distancia.

Violeta dibujó un rectángulo justo donde terminaba la lluvia, marcando en el piso nuestro espacio, nuestro campo de juego.

La gritería que armamos fue una invitación para que más personas salieran a jugar, a varias nunca las habíamos visto, incluso, hubo algunas que salieron entre los chubascos de la esquina.



Desde ese día en adelante, nos citamos a las tres con el objetivo de alejar la lluvia, al final de cada juego Violeta tenía que volver a trazar nuestro rectángulo.

Con el tiempo las costuras de la pelota de los Verde no aguantaron más el ir de un lado para otro, así que los vecinos armaron un bazar para conseguirnos una pelota nueva.



La música y la comida estuvieron tan buenas, que en el rectángulo ahora habían muchos balones, de fútbol, de voleibol, de basquet. También raquetas y pelotas de tenis, uniformes y zapatos especiales para quienes sólo querían correr, e incluso, unos tableros para quienes querían jugar ajedrez.



Empezamos a hacer equipos y torneos. Con la misma seriedad que hacíamos las tareas o ayudábamos en la casa, nos preparábamos para ganar. Naranja siempre iba al frente, Violeta y los Verde armaban los movimientos desde atrás del campo, mientras Amarilla y yo defendíamos.

Mi mamá pasó de vernos desde la ventana a participar en los encuentros, ella tenía los ojos más agudos de todo el pueblo, así que entró a nuestro equipo como directora técnica, nos organizaba, analizaba al contrincante y diseñaba la mejor estrategia que nos permitiera hacer más puntos.



Cada tarde además de mejorar en nuestro juego, fuimos conociéndonos mejor, aprendimos de

Compromiso y disciplina



de juego limpio



tolerancia y respeto



de confianza, solidaridad y empatía



Con el tiempo se unieron más personas, en el campo siempre había lugar para todas, incluso, los Verde crearon un balón relleno con cascabeles para jugar junto a quienes no tenían los mejores ojos pero sí los mejores oídos. Los equipos se iban consolidando, jugábamos entre nosotros y también con otros pueblos. Aunque no siempre ganábamos, luego de cada encuentro, los chubascos y lloviznas se alejaban más. Nuestro rectángulo había crecido tanto que ya no cabía en la calle y empezó a desbordarse por todo el pueblo.



La lluvia en el pueblo estaba controlada, pero las tempestades no. La última que viví fue tan fuerte que borró el rectángulo y se llevó a naranja para el monte.

Los truenos también tocaron la puerta de mi casa, por lo que me fui con mi familia a vivir a otra parte.

Todas esas tardes espantando la lluvia me enseñaron que la derrota es temporal y desaparece cada vez que volvemos al campo de juego.

A lo largo de estos años fuera de mi pueblo, he conocido personas con una historia similar. Junto a ellas hemos unido fuerzas y desarrollado una nueva estrategia, ir de sitio en sitio, enseñando a todos los niños y niñas a detener la lluvia desde el campo de juego.



Implementado por

giz Deutsche Gesellschaft für Internationale Zusammenarbeit (GIZ) GmbH



DEPORTE PARA
EL DESARROLLO